

La Enseñanza.



REDACCION.

REVISTA AMERICANA DE INSTRUCCION Y RECREO.

EDITOR PROPIETARIO, N. CH.

Señorita Angela Lozano.
Manuel Orozco y Berra.
Hilarion Frias y Soto.
Manuel Peredo.

EL ALBUM DE LOS NIÑOS.

AÑO IV. }

MÉXICO, JUNIO 1º DE 1874.

{ NUM. 61.

CUENTOS DE MI ABUELO.

EL DIARIO DE MODAS.

La moda es una deidad que lo somete todo á su imperio y fantasías. Por ella vamos incomodados, exponemos la salud, y aun la vida. Sobre las mujeres mas particularmente ejerce la moda todo su predominio. Con las palabras de «es la moda,» se responde á todas las objeciones, y se justifican todas las extravagancias; y se creen satisfechos todos los cargos y críticas, siempre que puede decirse: es la moda.

Ema, hija de M. de Linval, administrador de rentas reales, era una de las mas sumisas esclavas de esta deidad, que forma el embeleso y martirio de las buenas mozas. No se presentaba cosa ninguna nueva en Paris, que la petimetra Ema no se apresurase á adoptarla en el momento. Siendo jóven y bonita, de modales muy garbosos, y de una talla hechicera, comunicaba á todos sus trajes tan perfecta gracia, que aun los mas ordinarios adornos le caian á las mil maravillas, y parecian hechos de molde para ella.

El mucho caudal y ternura de M. de Linval facilitaban á la doncella todos los medios de satisfacer sus deseos. Por lo mismo en las concurrencias la miraban como fiel observadora de cuanto la moda podia inventar: el vestido, calzado, color y forma de los trajes, y hasta la menor tira de que se componia su tocador, todo era notable en ella. Las doncellas de su edad la tomaban por modelo, y á porfía se apresuraban á imitar todas las modas que Ema habia empezado á seguir apénas, ó que se le antojaba inventar.

Tanta gloria y fama lisonjeaban la vanidad de Ema; la cual se creia una persona de alta importancia, y como si fuera el oráculo del buen gusto. Cuando entraba en una rica tienda de sedas, hacia de gran señora, decidia con soberanía, mandaba desplegar cien piezas de telas ántes de resolverse á elegir alguna, hallaba horroroso cuanto habia de mas vistoso, y acababa fijándose en los géneros de desecho, pero que le parecian preferibles por su mezcolanza y extrañeza.

Si entraba en una tienda de modas la mejor surtida del Palacio Real, probaba veinte sombrerillos uno tras otro, no hallaba ni siquiera uno que le acomodase; mandaba hacer uno nuevo, compuesto de muchas docenas de varas de cinta, guarnecido de

encaje, y adornado de diferentes plumas, encargando expresamente que no le enseñasen á nadie, y sobre todo que estuviese hecho cuanto ántes.

Desde la siguiente mañana volvia, y hallaba horroroso aquel mismo sombrerillo que era el blanco de sus deseos en la víspera. En balde la modista hacia á Ema el reparo de que era absolutamente segun le tenia encargado. «No niego que le haya encargado así, respondia Ema con zalamería, y medio articulando todas sus palabras, pero en punto de sombreros, no quiero ponerme sino los que mas me agradan.—Puedo sin embargo asegurar á vd., señora, que este le cae...—Horrorosamente; entiendo de esto, como vd. no ignora; y aunque soy jóven, tengo probados ya mas sombrerillos que ha hecho vd. en toda su vida.—Disimule vd., señora; pero si quiere tomarse la molestia de probar este...—¡Ah! no, le digo á vd.; no le cae bien el color amaranto á las rubias, que tienen naturalmente un aire dulce, y un mirar tímido y modesto.—¿Preferiria vd. el lila?—El lila!... es cosa muy sosa.—Azul lápiz?—Pues bien, veamos el lápiz... ¡pero es tan comun! una amiga mia se presentó ántes de ayer con el color lápiz en el baile de los extranjeros, y la media hora que estuvo bailando, bastó para quitarme el gusto de este color. Bien pensado todo, no tomaré

mas que un simple sombrero de paja de Italia.—Precisamente los tengo muy bonitos en mi almacén, y he enviado por ellos.—Daré vd. al mío una forma del todo nueva, y pondrá al lado un par de rosas.—¿De qué color, señora?—Azul.—¿Cómo?—Sí, azul; será muy gracioso; y es mi ánimo introducir la moda de las rosas azules.—Pero no ignora vd. que no hay rosas azules, y que este color...—Daré golpe, y formará época; que es precisamente cuanto necesito. Las petimetras no imitamos nunca, y nos hemos impuesto ciertas reglas en la materia... Y bien, ¿dónde están, pues, esos otros de paja de Italia?—Disimule vd. señora; ¡porque á veces los recaderos son tan tardos en sus carreras! Sin embargo encargué bien á los míos que viniesen pronto, que los envié á buscar esos sombreros... pero ya llegan aquí:»

Se abren de prisa los cajones: Ema halla los sombreros de paja de superior calidad al principio, prueba muchos de ellos en su cabeza, y les da mil formas diferentes: échalos despues de repente, y vuelve á decir con su zalamera dejadez: «Bien mirado todo, no elegiré la paja de Italia, ni el color lápiz; tengo muchísima gana de volver al color amaranto que vd. me habia aconsejado tomar.—Creo en efecto que es lo que cae mejor al buen lustre de su tez de vd.—Sin embargo, ¿no halla vd. que esto me hace muy gorda? Tengo una traza corpulenta y mofletuda como una naranja: ¡quita allá! es un horror... Tome vd., señora; no me hallo hoy con humor para escoger nada: quizá mañana... No, no, pasado mañana... á la misma hora; ¿oye vd.?...» Al acabar estas palabras la melindrosa doncella sale, y sube al coche despues de haber revuelto dos inmensos almacenes, y diciendo en todas partes que no se hallaba nada en las tiendas de los mercaderes.

Se deja recelar fácilmente, en vista de todas estas particularidades, que el sastre de Ema no habia de estar sujeto á ménos caprichos y dificultades. Digo sastre, porque una petimetra no puede decir decentemente ya hoy dia *mi costurera*: es una voz muy ordinaria, y que huele á gente de poco mas ó ménos. Sin embargo, el supuesto sastre de nuestra fiel esclava de la moda no era otro mas que una antigua doncella de su madre, que hacia vestidos para innumerables señoras de la corte; lo que habia contribuido no poco para que tuviese á Ema en el número de sus parroquianas. Esta diestra y taimada costurera se guardaba muy bien de hacer el menor reparo, y se prestaba á todas las extravagancias, y aun irregularidades de la moda. Unas veces traía á Ema un vestido que era largo con demasía; despues de repente otro cortísimo, que cuando mas bajaba á ocho pulgadas por encima del talon: otras era un traje con mangas muy estrechas, y medio cubriendo solamente las espaldas; de allí á pocos dias traía otras mangas enormes, que llegaban hasta las yemas de los dedos, y anchas sobremanera. Pero lo que la costurera observaba regularmente, y sobre lo que Ema hacia encargo mas especial que ninguna otra cosa, era de dar á todos los vestidos el menor ancho posible: era preciso que la mas primorosa bata estuviese pegada á su cuerpo, y no formase sino un saco, que sujetando continuamente, impedía que la petimetra que se hallaba aprisionada en él, hiciese el menor movimiento sin desgarrar la tela, ó romper las costuras: era preciso finalmente que estos famosos vestidos estuviesen mas despechugados por detras que por delante, de modo que se descubriese á lo ménos la mitad del espinazo y el continuo juego de los omoplatos. Pero para disfrutar de todos estos beneficios, y poder llegar á esta sublimidad del buen gusto, era indispensable tener una camisa sin mangas; y no podia llevar cuando mas sino unas enaguas de batista: por este medio se tenian desnudos los brazos hasta los hombros, poco cubiertos los rifones, el pecho continuamente expuesto al aire, é inflado por medio de una cotilla mecánica que apretaba la parte inferior del talle hasta cortar el aliento. Se veía martirizada la doncella en verdad: no podia volverse mas que con todo el cuerpo; y si por desgracia dejaba caer el pañuelo, que era menester tener en la mano por falta de fal-

triguera, era imposible alzarlo; pero se gozaba de la satisfaccion de decir: *es la moda*.

El mayor inconveniente de todas estas rarezas era la pérdida de la salud. ¿Qué medio para que una mujer, cuyos órganos son tan delicados, pueda resistir recibiendo durante el invierno y en nuestro clima todas las impresiones del frio y la humedad? Con especialidad á la salida de los teatros y grandes concurrencias, en que se pasa repentinamente de un excesivo calor á un temple helado, pagan bien caro su imprudente desnudez estas víctimas infelices de la moda. ¡A cuántas jóvenes madres de familia, á cuántas herederas únicas, el embeleso y esperanza de sus padres, y á cuántas mujeres célebres por sus habilidades y hermosura hemos visto pagar con la vida la fatal prerogativa de lucirse un instante, de atraerse las miradas de un insensato público, y de ostentar, en una palabra, una nueva moda!

Ema no se vió mas libre que las otras de los inevitables efectos de tan perniciosa manía: muchos pasmos, varios constipados degenerados en catarros, y particularmente una casi continua desnudez, atacaron su pecho en tanto grado, que temieron con fundamento que muriese. M. de Linval conoció entónces, aunque tarde, su excesiva condescendencia con los antojos de su hija, y ella misma se arrepintió bien presto de su tan constante culto por la novedad, al ver enflaquecidos sus brazos, sin lustre ni viveza sus hechiceros ojos, pálida su tez rosa, convertido en habitual melancolía su buen humor, y estenuadas por dias sus fuerzas. ¡Ah! ¡qué pesadumbre estaba de haber abusado tan cruelmente de todos los dones que habia debido á la naturaleza! ¡cuánto maldijo de la moda, y se asombró del absoluto dominio que ella ejerce! ¡y qué tristes cargos con particularidad hizo á su padre! Porque tal es la injusticia de los hijos, que ha menudo forman un delito á los padres de su excesivo cariño.

Sin embargo, la continua asistencia y auxilios del arte aliviaron algo los crueles males que Ema padecía; y al cabo de unos meses acabaron desvaneciéndose los peligros que habian amenazado su vida. Pero le quedó á la joven convaleciente una delicadeza de pecho que exigió las mayores precauciones. Desterráronse, pues, las camisas sin mangas, los vestidos despechugados, y cuanto podia inventarse por la moda; y se sustituyeron con un capoton bien aforrado, camisas de percal con mangas largas, y buenos guardapiés de lana y abrigo. Cubrióse la cabeza con un sombrero de terciopelo; y al feble calzado de tafetan ó raso blanco, se siguieron zapatos con doble costura, y botines fuertes para preservarse contra el frio y la humedad.

La convaleciente recuperó poco á poco sus antiguas fuerzas; le volvieron sus carnes y robustez; la frescura natural de su tez apareció, y desterró la extrema palidez; sus bonitos ojos recobraron su viveza y expresion; y finalmente, la hermosa Ema volvió al estado en que se hallaba ántes de la larga enfermedad que habia padecido.

Olvidamos fácilmente en completa salud las promesas que nos obligó á hacer una dolencia. Viéndose Ema con sobresalientes fuerzas y frescura de carnes, no pudo resistir enteramente al atractivo de la moda; y sin ser tan fiel esclava suya como en otros tiempos, no por ello dejaba de rendirle su homenaje. Al principio quedó desterrado el sombrero de terciopelo; era muy pesado, y sobre todo, cubría demasiado la cara. En seguida se echaron á un lado los zapatos de costura doble; lastimaban los piés, y hubieran acabado haciendo criar callos. Ultimamente quitaron del medio el capoton aforrado; abrumaba en la primavera que rayaba ya; pero la verdadera razon era que ocultaba un talle primoroso y los mas bonitos brazos del mundo.

La moda recuperó insensiblemente parte de su imperio; y cuando M. de Linval hacia varias reconvencciones á su hija sobre sus nuevos caprichos, y le recordaba con este motivo los cargos dolorosos que ella no habia cesado de hacerle durante su enfermedad, Ema, echándose á sus hombros, y cerrándole la boca con un beso, le decía: «Mientras que fui convaleciente, padrecito mío, seguí puntualmente

cuanto vd. me mandó; y me impuse cuantas privaciones quiso; pero ahora que he repuesto mi salud, permítame vd. que use algo de ella sin exponerla. Há ya tres meses que no se ven en Paris mas que modas divinas, y las he dejado pasar sin rendirles mis homenajes. Es, pues, cosa muy justa que me acuerde vd, algun resarcimiento.—Vengo en ello, respondió el muy confiado y cariñoso padre; pero piensa en el peligro que corraste, pesadumbres y tormentos con que me abrumaste; y piensa finalmente en tu conservacion, que es pedirte pienses en la mia.»

Pasáronse la primavera y el verano sin que la joven petimetra, que daba pruebas frecuentes de su irresistible propension á la moda, se arrepintiese de ningun modo de las continuas imprudencias que cometia sin saberlo su padre, sea para descubrir una primorosa caída en los hombros, sea para delinear los contornos y gracia de un hechicero talle; pero al principio de la primavera fué atacada Ema de nuevo de un dolor en el pecho, que sin dar mucho cuidado exigió sin embargo ciertas precauciones. Se creyó que expodria su salud, si pasaba en Paris el invierno, que se acercaba ya; y consultados los médicos, fueron de parecer que lo mas cuerdo era que Ema estuviese durante aquella rigurosa estacion en una tierra meridional de Francia.

[Continuará.]

El mendigo y el niño.

—¿Por qué es usted pobre? preguntó un niño á un anciano que pedía limosna á la puerta de una iglesia: ¿es porque segun leí el otro dia, al principio del mundo sucedió que los hombres se hicieron malos y los mas fuertes tomaron la parte de los débiles?

—No, dijo el anciano, cuya triste mirada se reanimó y en cuyos labios brilló una triste pero dulce sonrisa; no, querido niño, esa historia de los tiempos en que la civilizacion no habia aún corregido la barbárie, no es la historia de los hombres de hoy. Si hubo en otro tiempo hombres que vinieron á ser pobres porque fueron vencidos, porque fueron oprimidos y se les quitó la parte de tierra que Dios hizo bastante grande para que todos cupiesen, ya no hay de eso actualmente, al ménos en nuestro país. Los pobres de ahora, los verdaderos pobres, no lo son en su mayor parte sino por causa de reveses de fortuna, desgracias, errores, enfermedades y accidentes, de que los demas hombres no tienen culpa. En cuanto á mí, quiero que recuerdes la confesion que voy á hacerte; soy pobre por mi culpa; me veo reducido á implorar la caridad, cosa bien dura, aunque uno la merezca, á causa de mi mala conducta.

«Mi padre trabajó para darme el primero de los bienes: la educacion. Murió creyendo haber conseguido su objeto. Era yo instruido, porque Dios me habia dotado de inteligencia y de facilidad para aprender; pero era perezoso. Creí que todo se reducía á comprender; que aplicar lo que se sabe á un trabajo útil á uno mismo y á los demas, era cosa superior á mis fuerzas. Me avergoncé del trabajo que me hubiera proporcionado una existencia honrosa; olvidé la ley de Dios, que dice: «Ganarás tu pan;» carecí de valor para ganar el mío. El vicio de la pereza me ha conducido á cometer otras muchas faltas; la miseria, y lo que es peor, el oprobio, han caído bien pronto sobre mí, como dos castigos merecidos. No comprendí las lecciones del hambre, y en vez de utilizar la fuerza de mis brazos en un trabajo honroso, un dia fatal tuve la vileza de tender la mano.

«A partir de ese dia, la mendicidad vino á reemplazar en mí al trabajo; la pobreza ha llegado á ser mi estado habitual; he especulado con la pública conmiseracion, engañándola; yo, pobre voluntario, he tomado lo que á la pobreza involuntaria correspondia. Desde aquel dia, vivo como un criminal, porque ni aun aquello que me dan me pertenece. Bien cara me cuesta mi falta; aunque ya estoy viejo y no puedo trabajar, mi conciencia está siempre torturada por crueles remordimientos. Lamento

amargamente mi vida pasada que tan mal empleé; y cuando la inocente pregunta de un niño me hace sonrojar, pienso que mi arrepintimiento no es expiación bastante, que ni aun piedad merezco.»

—Entonces, dijo el niño, quiere decir que solo debe darse á los enfermos, mancos, cojos, etc.; si te doy un sueldo ¿no haré una accion buena?

—Hijo mio, dijo el anciano con voz profundamente alterada; la limosna santa, aunque caiga en una mano indigna, es siempre una buena accion del que la da. Pero acaso hagas mejor en darla á otro mas digno que yo. Mira, del otro lado del pórtico está una mujer ciega; cegó, trabajando para sostener á su padre enfermo; dále tu limosna, y olvídame.

—¡Ah! dijo el niño, toma siempre este sueldo, porque eres tambien muy desgraciado; yo estoy seguro que si volvieras á ser jóven, trabajarías. Además, que yo tengo otra moneda, se la daré á la pobre ciega.

—¡Dios te bendiga! dijo el anciano anegado en llanto. ¡Dios te bendiga, porque comprendes la caridad mejor que yo comprendí la vida!

LOS JUEGOS.

EL PAESO EN CARRETELA.

Una señora, residente en una de las principales ciudades de provincia, pero que habia venido á pasar una temporada en Madrid, en compañía de sus tres hijos, el que mas de tres años de edad, acostumbraba sacarlos á paseo todas las tardes, para que fuesen viendo los mejores paseos de la capital. Ya habia estado en el Retiro, en el Prado y en el Canal, ya habia visto el paseo de la Fuente Castellana ó de Isabel II, con su amenidad y frescura casi fabulosas para los que ántes conocieron aquel extenso arenal, ya habian, en fin, recorrido todos los sitios de recreo que atestiguan cuánto se ha aumentado de pocos años á esta parte la magnificencia de la capital, y entre todos estos sitios, ninguno habia sido tan del agrado de los niños, á ninguno deseaban ellos el ir con mas ardor, que al paseo y glorieta de la plaza de Oriente, y esto no era por el magnífico golpe de vista que allí se disfruta, ni deseosos de contemplar la arrogante estatua de Felipe IV, sino, forzoso es decirlo, por observar embelesados las carretelas, cochecitos y omnibus que atestados de niños y de niñas, giran constantemente alrededor de la glorieta. ¿Qué les importan á los niños las bellezas y maravillas del arte, en una edad en que aun no pueden comprenderlas? Así es que, los niños de que aquí se trata, al pasar por las calles de Madrid, mientras que su madre se quedaba asombrada delante de los soberbios edificios que han levantado algunos opulentos capitalistas, ellos se entretenian en mirar las estampas y los juguetes, expuestos á la puerta de los almacenes de novedades, ó se acercaban poquito á poco á los escaparates de alguna confitería. Hé aquí justificada la razon, por qué al sentarse los niños en los bancos de piedra de la glorieta de Oriente, solo tenian ojos para contemplar aquellos carruajes, tan pequeñitos y tan elegantes.

En Madrid, una idea útil y ventajosa al que la promueve, nunca deja de tener imitadores. Ocurriósele á un pobre hombre hacer una tartanita, y presentarse con ella en la plazuela de Oriente á disposicion de los niños, que mediante una retribucion de cuatro cuartos, quisiesen dar en ella un paseo. Era este un medio tan ingenioso como inocente de ganarse la vida; y el pensamiento tuvo tal aceptacion, fueron tantos los parroquianitos que acudieron, que en breve se suscitó la emulacion y vinieron á competir con la tartana, la elegante carretela, el popular *omnibus*, y hasta el extranjero *char á banc*. Tiene ya el mundo infantil toda la batahola de carruajes que tanto estrépito produce en las calles de las grandes ciudades, tiene todo el lujo y toda la variedad: solo faltan los abusos, y estos por desgracia no faltarán.

Los primeros dias que los niños concurrieron á la

glorieta, se contentaron con ver pasar y con seguir con la vista los elegantes cochecitos y la vistosa carretela, envidiando la suerte de los dichosos niños que en ella eran llevados; pero al segundo dia, ya se atrevieron á suplicar á su mamá les permitiese subir al coche.

—¡Oh! no es poco lo que pedís, queridos míos, y un favor de esa especie es preciso merecerle. Veremos mañana qué tal os portais durante el dia, qué tal cumple cada uno con su obligacion, y esto es lo que decidirá quién será el que suba al coche.

Hecho este convenio, los niños, al siguiente dia, se propusieron no cometer falta que les impidiese el pasearse en el coche favorito, y por lo ménos, dos de ellos así lo cumplieron. En cuanto al tercero, la fuerza de la costumbre fué en él mas poderosa que sus buenos deseos. Tenia el tal niño un génio sumamente pendenciero, y por un quitame allá esas pajas, armaba con sus hermanos una quimera en la que solian cruzarse de una parte y otra algunos buenos cachetes. La madre, que varias veces habia reprendido este defecto, estuvo en observacion todo aquel dia, y por desgracia aquel dia no se pasó sin camorra.

Por la tarde, así que los niños divisaron el coche objeto de sus deseos, empezaron á saltar de alegría, y el conductor, que reconoció se llegaban parroquianos, paró el carruaje, diciendo:

—Vamos, señoritos, ¿van vdes. á subir?

Subieron en efecto los dos primeros, pero al adelantarse el tercero muy animoso, su madre le contrató, diciendo:

—Tú no subes, porque si armas con tus hermanos dentro del coche otra quimera como la de esta mañana..... ya ves, pudierais caer abajo. Déjalos á ellos solos, que saben estarse quietos en todas partes. ¿Parece que habias olvidado lo que te prometí ayer?

Partieron los dos niños á dar vueltas á la redonda, mientras que el otro se detuvo al lado de su madre, místico, cabizbajo y procurando contener las lágrimas que se le venian á los ojos. Hizo tal efecto en él esta privacion, que al dia siguiente se abstuvo de juntarse con sus hermanos y anduvo solo todo el dia, por no ceder á la tentacion de reñir con ellos, de modo que por la tarde todos fueron juntos en la carretela.

La madre, recomendándoles ántes de subir que se bajasen dadas unas vueltas y no quisiesen estarse en coche toda la tarde, los estuvo mirando con satisfaccion y confirmándose en una idea que ella siempre habia tenido, cual es, que aun de las cosas mas triviales se puede sacar partido para mejorar la conducta de los niños.

MANUAL DE URBANIDAD Y BUENAS MANERAS.

CAPITULO IV.

DEL MODO DE CONDUCIRNOS
EN DIFERENTES LUGARES FUERA DE NUESTRA
CASA.

ARTICULO VII.

Del modo de conducirnos en los viajes.

I

Cuando hayamos de viajar en compañía de otras personas, seamos exactos en reunirnos con ellas á la hora señalada para emprender la marcha; pues si siempre es impolítico hacerse esperar, lo es todavía mas en estos casos, en que toda demora produce trastornos y aun perjuicios de mas ó ménos trascendencia.

II

Si se viaja á caballo el inferior se adelanta siempre al superior, y el caballero á la señora, en los lugares peligrosos, en los lodazales y en los pasos de los rios; debiendo cuidar cada uno muy especialmente, de que la bestia en su paso no salpique á ninguna de las demas personas.

III

En los caminos se relaja un tanto la severidad de la etiqueta, y pueden dirigirse un saludo las personas entre sí desconocidas que se encuentren; pero este saludo, que adelantará el inferior, deberá ser autorizado por una mirada del superior.

IV

Si viajando á caballo, se reunen en un punto del tránsito dos personas entre sí desconocidas, que marchan en una misma direccion, el inferior debe alejarse del superior; á ménos que éste le invite á continuar la marcha en su compañía, á lo cual deberá prestarse, si no tiene para ello un grave inconveniente.

V

Para los casos en que se ha de viajar en un carruaje público es enteramente excusada la recomendacion del párrafo I, por cuanto no esperándose entonces por ningun pasajero, una vez llegada la hora de la partida, cada cual tendrá el cuidado de acudir oportunamente á tomar su asiento. Pero existen reglas que observar cuando se viaja de esta manera, y vamos á exponerlas en los párrafos siguientes.

VI

El caballero ofrecerá la mano á la señora, para subir al coche y para bajar de él; y de la misma manera, cederá su asiento á una señora á quien haya tocado uno ménos cómodo ó ménos digno. Para esto es conveniente saber que los asientos mas cómodos son los del fondo del coche, y los ménos cómodos todos los que tienen la espalda hácia su frente; y que de los primeros los preferentes son siempre los de la derecha, y de los segundos los de la izquierda. Cuando los asientos son laterales, los mas cómodos y al mismo tiempo los preferentes, son los que están mas hácia el fondo del coche; á ménos que en este lugar esté la puerta, como sucede en los *omnibus*, pues entonces la comodidad y la preferencia están en razon de la mayor distancia de aquella.

VII

Las señoras, por su parte, procurarán no abusar de la preferencia que la urbanidad les concede, aceptando sin instancia un asiento que no les pertenezca; á ménos que las circunstancias sean tales, que la fácil prestacion no haga recaer sobre ellas la nota de inconsideradas.

VIII

En los coches pueden entrar en conversacion personas que no se conozcan entre sí; pero nunca será el inferior el que dirija primero la palabra al superior, ni el caballero á la señora, ni la señorita al caballero. Entre señoras, señoritas y caballeros, una notable diferencia en la edad puede autorizar la alteracion de esta regla, dirigiendo primero la palabra, por ejemplo, un anciano á una señora jóven, ó una señorita á un jóven de mucho menor edad que ella.

IX

Segun lo hemos indicado ya (§ III), la etiqueta en los viajes no es tan severa como en las demas situaciones sociales; así, al mismo tiempo que nos está permitido conversar en un coche con personas que nos son absolutamente extrañas, podemos igualmente, sin faltar á la urbanidad, dejar de tomar parte en la conversacion general, guardar absoluto silencio, limitándonos á contestar á lo que se nos pregunte, y aun entregarnos á la lectura ó al sueño.

X

Es un acto extraordinariamente incivil el fumar dentro de un coche, aun cuando no haya entre los pasajeros ninguna señora: cuando la hay no es posible que exista un hombre medianamente educado que sea capaz de hacerlo.

XI

En los lugares donde se detenga el coche, veamos si las señoras que vayan con nosotros desean algo

que les podamos proporcionar, y ofrezcámosles de las comidas y bebidas que encontremos.

XII

En los viajes por mar se observarán los mismos principios que rigen para los viajes en coche; debiendo siempre el hombre de buena educacion sacrificar su propia comodidad á la de las señoras, y mostrarse en todas ocasiones afable, cortés y condescendiente.

XIII

Si por desgracia amenaza algun peligro á la embarcacion en que nos encontremos, rodeemos á las señoras; y aun cuando nos sintamos impresionados y temerosos nosotros mismos, procuremos aparecer ántes ellas tranquilos y severos, á fin de consolarlas y de comunicarles aquel grado de valor que se necesita en tales ocasiones, y de que generalmente está privado su sexo.

XIV

Terminado un viaje, cesa enteramente la comunicacion en que durante él hayan estado las personas entre sí desconocidas, y en los lugares en que mas adelante se encontraren, toca á las señoras autorizar con una mirada el saludo de los caballeros, y á los superiores el de los inferiores.

La azotea.

[FABULA.]

Tenia el buen Señor Don Juan Orozco
Un niño, encantadora criatura,
A quien amaba con sin par ternura:
Yo á lo ménos así lo reconozco.

Un dia estaba el padre en su despacho
Leyendo cierta historia interesante,
Cuando entrando el muchacho
Con alegre semblante,
Se puso allí á jugar á la pelota,
Distrayendo al lector bota que bota.

—«Quitadme este chicuelo de delante
(Dijo el padre en un pronto,
Llamando á sus criados Blas y Diego,
Uno y otro gallego,
Y ambos á cual mas tonto):
Quitádmelo de aquí, que me maréa.»

—«Buenu, Señor!»

—«Pero en el acto! ahora!»

—«Buenu! ¿Y qué hacemos de él?»

—«A la azotéa.»

—«Está muy bien, Señor!»—

Y los muy zotes,

Creyendo que azotéa era azotaina,
Dieron al pobre chico un par de azotes.—

Traductores conozco,

Que traducen peor cuarenta veces

Que los criados de Don Juan Orozco.

EL GEÓGRAFO.

Un niño que se instruía en un acreditado colegio fué proclamado en los exámenes del establecimiento como acreedor al premio de geografía.

¡Orgullo del padre, contento de la familia, envidia de los vecinos! Se verifica una reunion para celebrar tan fausto acontecimiento. En los postres se le antojó decir á uno:

—He leído en un periódico que se temía una erupcion del Vesubio.

—¿Una erupcion del Vesubio? exclamó con un aire importante el alumno premiado; ¡diantre! ¿Y no se dice en qué país?

Los convidados se miran. ¡Estupefaccion y risas en las sillas! ¡vergüenza del hijo! ¡cólera sorda del padre! ¡chasco general! El padre, exasperado, exclama:

—¡Esto es horrible! ¡engañar así á los padres! entablaré un pleito contra el director; me ha robado el dinero que le he pagado.

—Lo ha robado sin duda, exclamó uno de los presentes; pero en compensacion, tu hijo le ha robado el premio de geografía. ¡Váyase lo uno por lo otro!

Las dos rosas.

(FABULA.)

A la rosa que ríe en la pradera
Otra muy bella artificial llegóse,
Y á su lado posóse,
Y comenzóle á hablar de esta manera:

«Mucho siento, amiguita, darte celos
Con mi pompa y beldad; pero es preciso,
Ya que el artista quiso
Tan linda hacerme como á tí los cielos.

«Mira más hojas bien, reina del prado,
En todo iguales á las tuyas bellas,
Y advertirás en ellas
Que de hoy más reino como tú has reinado.»—

Más queria decir la que esto hablaba;
Pero hubo de callar, la sombra viendo
Y los pasos oyendo
De una dama gentil que se acercaba.

Con decir que era dama y que era hermosa,
Claro está que al rosal se llegaría,
Y que ávida querria
Hurtarle la mejor, mas linda rosa.

Perpleja un rato y por demas confusa,
Clava al fin en las dos sus negros ojos,
Y atropellando abrojos,
La reina coge, y ademas la intrusa.

—«¿No lo ves? dice aquesta; mas la dama
Que extasiada las flores examina,
A su nariz divina
Lleva entrambas á dos, y luego exclama:

«¿Qué es esto? ¿Rosa viva se ha fingido
La que ni vida ni perfume tiene?
Yo haré lo que conviene
Con la que tanto osó, que me ha mentido.

«Tú que tienes olor, ven á mi pecho;
Mas ¿qué tengo que ver con tu arrogancia,
Flor vana y sin fragancia,
Que me engañaste así? Yo te desecho.»—

La rosa natural, que á aquella hora
Nada habia á la falta contestado,
Desde el seno adorado
De la dama, exclamó: «¡Gracias, señora!

«Igualarse conmigo pretendia,
Y la leccion le dais que ha merecido:
¿Cuándo ante Dios ha sido
Igual á la virtud la hipocresía?»

LA VACUNA.

Se da este nombre al pus que se inocular á los niños, y á la operacion que se ejecuta para inocularle como el mejor preservativo de las viruelas. Se deriva de ganado vacuno, porque en los pezones de las tetas de las vacas es donde se ha descubierto dicho pus. El doctor inglés Jenner fué el primero que notó, que algunas personas á quienes al ordeñar las vacas se les introducía este virus por las grietas ó cortaduras que casualmente tuviesen en las manos, no eran atacadas de las viruelas, de las que al parecer les preservaba la erupcion que causaba aquel virus singular. Luego que se confirmó en esta idea, corroborada por multitud de experiencias, sacó partido de su descubrimiento para librar de la muerte ó de quedar horriblemente desfiguradas, á una multitud de personas, y mas particularmente en los primeros años de la vida.

—José y Juan eran muchachos que habian sido educados del mismo modo. Los dos eran pacíficos, sumisos y dóciles en sus primeros años, aunque Juan se distinguía mas que su hermano por su obediencia á las órdenes de sus padres, no juntándose con otro muchacho, mala cabeza, con el que José se acompañaba sin que sus padres lo supiesen. Esta desobediencia fué el origen de sus desgracias, porque cuando andaban juntos no discurrían cosa buena. Ya iban á robar fruta á las posesiones, ya apedreaban á los perros y aun insultaban á los pasajeros. José al fin fué castigado por su mala conducta.

Por efecto de su desobediencia, no habia querido dejarse vacunar, y cuando le dieron las viruelas, no permitió tomar las medicinas recetadas por el médico, así es que se puso enfermo de gravedad, padeció mucho, y al fin murió. Juan, que mas obediente y juicioso se habia dejado vacunar, no solo no tuvo viruelas, sino que mejoró de conducta escarmentado con el ejemplo y castigo de su hermano.

AFORISMOS ANTIGUOS Y MODERNOS SOBRE LA EDUCACION.

La soledad es, bajo diversos aspectos, considerada como perjudicial á la juventud.

Así como una habitacion malsana perjudica á la salud mejor, así hay ciertos lugares peligrosos aun para los que tengan mejores inclinaciones.

El conocimiento de las faltas juveniles es ya un principio de cura. Porque ¿como ha de corregir sus vicios quien los cree virtudes?

Para las almas nobles, el trabajo es alimento.

No basta comenzar la educacion; debe continuarse.

Es preferible que un jóven sea sério, á que sea por su jovialidad el favorito de las reuniones numerosas.

Porque sucede con los jóvenes lo que con el vino; el que es ágrico cuando nuevo, adquiere cuando viejo un sabor agradable, y el que á los principios es dulce, no conserva mucho tiempo su gusto.

Para acomodaros á la debilidad de los discípulos, habladles á menudo por parábolas.

Con objeto de preparar convenientemente el terreno que ha de recibir la semilla de sabiduría y virtud, se debe comenzar por extirpar el engaño y el error.

Como las hojas no pueden ser verdes por sí mismas, sino que necesitan un tallo para que las sostenga y para absorber por él el jugo, del mismo modo, los mejores preceptos serán infructuosos, si están aislados, sin basarse en sólidos principios de instruccion, si no enraizan en la ciencia de lo que es bueno y recto.—SÉNECA.

Como los pájaros nacen con la facultad de volar; los caballos con la de correr; las aves de rapia con un feroz instinto, el hombre ha nacido con la facultad peculiar del pensamiento y de la actividad mental.

Por lo tanto, asignamos al alma un origen celestial.

Las almas defectuosas, imbéciles, etc., son tan raras como las deformidades físicas.

No se hallará un solo individuo, que á costa de trabajo, no pueda llegar á utilizarse para algo.

Cualquiera que considere esto, no podrá ménos, si tiene hijos, de dedicarles el mayor cuidado.—QUINTILIANO.

El hombre es el producto de su educacion.

En el momento en que el sér humano recibe vida y movimiento, recibe tambien su primera instruccion.

De la madre, recibe el niño la salud ó la enfermedad.—HELVECIO.

DICHOS Y HECHOS DE NIÑOS.

Dijo un dia á su maestro el rey de Suecia, Cárlos XII, que deseaba parecerse á Alejandro el Grande; pero el maestro le hizo observar, que su vida habia sido muy corta.—No fué tan corta, contestó el jóven, cuando le bastó para conquistar tantos reinos. A este Cárlos XII le llamaron despues por sus conquistas, el Alejandro del Norte.

Alejandro el Grande tuvo por maestro en sus primeros años al célebre filósofo Aristóteles. Muerto este sábio, Alejandro manifestó tanto ó mas sentimiento que por la pérdida de su padre, y como los cortesanos no pudiesen ménos de extrañar esta conducta, Alejandro respondió:

—Si mi padre me ha dado el sér, Aristóteles me ha enseñado lo que sé.